

EL CLAROSCURO COMO AMBIENTE TOTALIZADOR EN «ABADDON, EL EXTERMINADOR», DE ERNESTO SABATO

De entrada, esparcidas por las cubiertas negras que encierran la última novela de Ernesto Sábato, se encuentran ya chispazos blancos. Este juego de claroscuros anticipa el ambiente que impregna la novela entera. Los momentos de luz y de claridad, poco frecuentes, sirven de contraste con el reino de las tinieblas donde la negrura se destaca tanto en las descripciones del mundo circundante como en las cavilaciones del espíritu, del reino interior. A lo largo de estas páginas se explorará la dimensión de la oscuridad y su contrapunto de la luz —en sentido recto tanto como figurado— en *Abaddón, el exterminador*, ilustrada principalmente en el cuadro de claroscuros que ofrece el protagonista mismo, Ernesto Sábato.

LA OSCURIDAD NOCTURNA

La representación más literal de la oscuridad en *Abaddón, el exterminador* ocurre en su asociación con la noche. Los sucesos de ambiente nocturno dominan a lo largo de la novela. A veces el sol mismo es enfocado como «el sol negro» [345] o «uno de esos soles de medianoche» [470] (*).

Rara vez la noche se ajusta a la imagen clásica y poética que se observa aquí: «ese cielo estrellado parecía ajeno a cualquier interpretación catastrófica: emanaba serenidad, armoniosa e inaudible música. El topos uranos, el hermoso refugio» [405]. Este cuadro resulta ser engañoso, pues mayormente la oscuridad favorece a las potencias tenebrosas. Y como ambiente sempiterno de los ciegos —con quienes vive obsesionado Sábato— la oscuridad resguarda su máximo temor.

Tres de los hilos narrativos que brotan ya en las primeras páginas de la novela suceden de noche: Natalicio Barragán, denominado

(*) Ernesto Sábato: *Abaddón, el exterminador* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1974). Todos los números entre paréntesis después de las citas, a lo largo del artículo, se refieren a las páginas correspondientes en esta edición del libro.

el Loco, tiene la visión aterradorante de un dragón; Nacho Izaguirre espía a su hermana cuando ésta entra en una casa de departamentos con un hombre; Marcelo Carranza, acusado de ser guerrillero, está siendo víctima de violentas torturas que le conducirán a la muerte. En todos los casos referidos se relaciona con la negrura exterior un estado de ánimo también oscuro. En el caso de Barragán son sus visiones apocalípticas. Para Nacho es la inquietud del alma, que él expresa en forma de poesía cuando contempla a su hermana dormida en casa. Para Marcelo, la declinación del día se asocia con el fin del mundo, un fin apacible antes del comienzo de la tortura. Pero cuando la muerte está por vencerlo, murmura Marcelo:

¡DIOS MIO, POR QUE ME HAS ABANDONADO! (...) Dios ha tenido un ataque de locura y todo su universo se quiebra en pedazos, entre aullidos y sangre, entre imprecaciones y restos mutilados [488].

La oscuridad más imponente es la que envuelve al protagonista Ernesto Sábato. Bruno Bassán, fiel observador de aquél, lo nota:

Bruno sabía que, en ocasiones durante meses, caía en lo que él llamaba «un pozo», pero nunca como hasta ese momento sintió que la expresión encerraba una temible verdad (...). Un gran desasosiego comenzó a apoderarse de su espíritu, como si en medio de un territorio desconocido cayera la noche y fuese necesario orientarse con la ayuda de pequeñas luces en lejanas chozas de gentes ignoradas, y por el resplandor de un incendio en remotos e inaccesibles lugares [11-12].

Bruno piensa en Nacho, en Marcelo y en Sábato y luego repara en el final de un día en Buenos Aires: «El silencio se hacía más grave a medida que avanzaba la noche, como se recibe siempre a los heraldos de las tinieblas» [18].

La noche, como ambiente, refleja las tinieblas personales de Sábato. Escribiendo «lunes a la noche», Sábato apunta «el tumulto interior», las presiones que le incitan a intentar poner orden en el caos de su universo personal [134]. En otra ocasión Sábato piensa «en las propias tinieblas» mientras camina en el crepúsculo [276]. Hablando en la oscuridad con Beto, Sábato enjuicia el mundo peligroso: —Comprendé, Beto. Es un carnaval siniestro: disfrazado de payasos hay también monstruos [295]. De ambiente nocturno son algunos de los episodios de importancia fundamental para Sábato, los cuales se relatarán en detalle más adelante: el sueño de Soledad, el monstruoso rito con ella y muchos de los sucesos del año decisivo de 1938 en

París. La descripción de la oscuridad nocturna y de las tinieblas del alma sirve para crear un ambiente de negrura, en sentido recto tanto como figurado. También al final de la novela se refleja el doble papel de esta oscuridad cuando Bruno tiene la visión de una lápida con el nombre de Ernesto Sábato y la inscripción PAZ. Bruno deambula de noche, y entre los versos que se le ocurren se encuentran:

*Una barca angustiada naufraga
bajo las estrellas
el rostro callado de la noche [528].*

LO OSCURO Y LO OCULTO

A lo largo de *Abaddón, el exterminador*, la oscuridad exterior y la del reino interior del protagonista Ernesto Sábato se asocian con lo oculto. Sábato está convencido de que las fuerzas ocultas han rondado por su vida desde la fecha de su nacimiento, el 24 de junio, siendo éste «un día infausto, porque es uno de los días del año en que se reúnen las brujas» [23]. Se agrandaron los infortunios asociados con su nacimiento porque le pusieron el nombre de un hermano suyo que acababa de morir. Además, su apellido está «derivado de Saturno, Angel de la soledad en la Cábala, Espíritu del Mal para ciertos ocultistas, el Sabbath de los hechiceros» [23].

Persiste la influencia de las fuerzas ocultas durante su adolescencia. Sábato describe su amistad con los hermanos Juan Bautista y Florencio Carranza, comparándolos con María de la Soledad, personaje misterioso que no es hermana de ellos, pero quien, por alguna razón inexplicada y quizá inexplicable, vive en su casa. El contraste entre Soledad y Florencio deja relucir el cuadro en claroscuro que define la vida del protagonista Sábato. Cuenta éste:

No sé por qué me he quedado hablando de este muchacho, en lugar de referirme a Soledad. Acaso sea porque en las tinieblas de mi existencia (y Soledad es casi la clave de esas tinieblas) Florencio me resulta como la lejana lucecita de un refugio en que habitan seres positivos y bondadosos [306].

El rastreo de la vinculación misteriosa entre Soledad y Sábato se retrotrae hasta 1927, con referencia especial a un sueño cuya concreción posterior representa la fusión de la dimensión onírica con la de la vigilia. Sábato sueña que al final de un pasadizo subterráneo «estaba Soledad esperándolo, desnuda, fosforescente en la oscuridad» [464]. Le persigue esta visión alucinante que se concreta cuan-